

Análisis

Un nuevo libro del venezolano Jimeno Hernández Droulers destaca el activo papel del político grancanario tras el secuestro y libertad del futbolista en Caracas, al coincidir con el sesenta y tres aniversario del episodio

La diplomacia de Matías Vega, al servicio del caso Di Stéfano

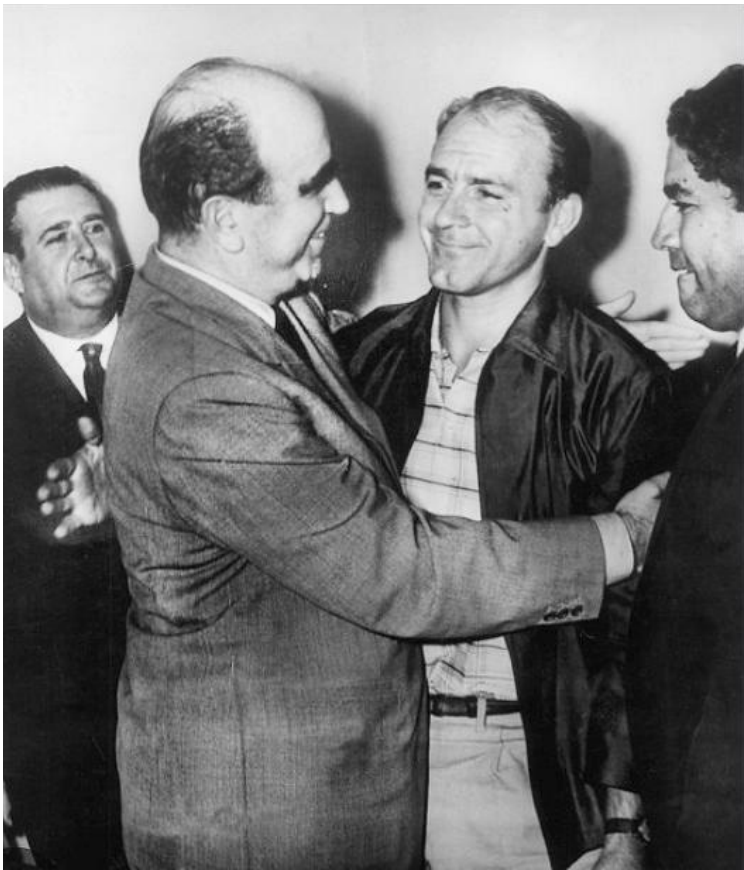
**AMADO MORENO**

Periodista

Dos canarios han ejercido como embajadores de España en Venezuela: Matías Vega Guerra (Las Palmas de Gran Canaria, 1905-1989) y Alberto de Armas (San Cristóbal de La Laguna, 1930-1993). El primero, de 1962 a 1970 por designación del gobierno de Franco, y el segundo, desde 1990 a 1993 a propuesta de Felipe González. Ambos habían cubierto previamente una carrera política y profesional nada desdeñable. Como abogado y decano del colegio profesional de Las Palmas, presidente del Cabildo de Gran Canaria y del Puerto de La Luz, procurador de las Cortes franquistas y gobernador civil de Barcelona, Matías Vega. En calidad de médico y senador socialista, Alberto de Armas.

Un libro, *El secuestro de Di Stéfano*, publicado este año en España por la editorial riojana Pepitas de calabaza, y con la firma de Jimeno Hernández Droulers (Austin, EE.UU. 1981), escritor y abogado, con doble nacionalidad, estadounidense y venezolana, rescata y valora a lo largo de sus 272 páginas la prudencia y habilidad diplomática del embajador Vega Guerra en Caracas, tras la captura del futbolista hispano-argentino por un grupo guerrillero el 24 de agosto de 1963, para ponerlo en libertad el día 27 del mismo mes y año. Mañana, precisamente, se cumplen sesenta y tres años del suceso que tuvo en vilo durante más de cincuenta horas al mundo del balompié y a muchos medios de comunicación internacionales.

Ya jubilado y de regreso en Las Palmas, al ser interrogado el ex embajador por la anécdota más significativa de su experiencia venezolana mencionó el secuestro de Alfredo Di Stéfano y los incidentes que le rodea-

**El embajador Matías Vega Guerra recibe en su residencia de Caracas a Alfredo Di Stéfano, tras ser liberado en agosto del año 1963.**

ron, como su «recuerdo más vivo». Lo reiteró el historiador José Alcaraz Abellán en la documentada biografía del político grancanario, editada por el Parlamento regional años atrás. Durante su ejercicio en Caracas Matías Vega coincidió con los mandatos de los presidentes venezolanos Rómulo Bethencourt, Raúl Leoni y Rafael Caldera.

Según Alcaraz, la labor de nuestro paisano al frente de la embajada «tuvo lógicamente un notable impacto sobre la colonia canaria entre la que todavía se recuerda su dedicación y voluntad de solucionar problemas». Pone de manifiesto que la población española residente en Venezuela era muy diversa y, entre la misma «se encontraban desde personas que emigraron por motivos puramente económicos hasta numerosos opositores al régimen, entre ellos bastantes canarios que emigraron clandestinamente después. Con todos ellos estableció Vega Guerra contactos y actividades». Una de sus primeras

España en Venezuela. No en vano, el deportista secuestrado era líder de las cinco copas de Europa conquistadas por el Real Madrid, y el principal rival de Pelé, considerado mejor futbolista del mundo en aquel instante.

Lectores de *El secuestro de Di Stéfano* han testimoniado a Jimeno Hernández que su obra es una «novela de no ficción», término que al autor le parece correcto «porque la historia del secuestro de Di Stéfano, en sí misma, es —a su juicio— bastante novelesca». El recuento de fórmulas de negociación para conseguir la libertad del futbolista descubre en esta entrega editorial el intercambio de comunicaciones de Matías Vega Guerra con el gobierno de Franco, a través del ministro de Exteriores, Fernando María Castiella, con el gobierno venezolano de Rómulo Betancourt, y con el presidente del Real Madrid, Santiago Bernabéu.

Rancho canario

No tiene desperdicio la riqueza narrativa de la cálida recepción que el diplomático de origen isleño dispuso para la ocasión a Alfredo Di Stéfano, tras llegar éste a pie los últimos metros al consulado de España en Caracas, luego de ser liberado por los guerrilleros, cuya única exigencia había sido publicar el secuestro en la prensa internacional con la propaganda al uso de la guerrilla revolucionaria, emparentada con la cubana de Fidel Castro, la misma que inauguró otro camino de esa lucha en 1958 con el secuestro del piloto Juan Manuel Fangio en La Habana. Exten-

nuado, sudado y sin ducharse después de más de dos días retenido, Di Stéfano evitó por tal motivo responder y fundirse en un abrazo con Vega Guerra cuando se encontraron por vez primera en la sede diplomática, tras el cautiverio.

El autor del texto no escatima reconocimientos para la labor de Vega Guerra en aquella complicada situación, resuelta felizmente para todas las partes. Alude a «Don Matías» como anfitrión y primera autoridad representativa que afectuosamente recibía y celebraba con Di Stéfano la puesta en libertad, agasajándolo en seguida con un plato de rancho cana-

rio, continuidad de unas exquisitas castellanas y vino español, que el famoso huésped le agradeció siempre.

El embajador

Desde su domicilio en Caracas, Jimeno Hernández Droulers nos matiza impresiones que desliza en su libro sobre los personajes del episodio, en particular Matías Vega Guerra. «El papel del embajador en Venezuela fue relevante durante la crisis del secuestro de Di Stéfano —declara—. Al enterarse que el delantero centro del Real Madrid estaba desaparecido, se presentó a los pocos minutos al hotel Potomac (lugar del secuestro), con un plan de contingencia listo para su ejecución. Quiso trasladar de inmediato al equipo madridista a su casa, cercar el perímetro con agentes de la policía y ampararlos bajo un sitio que gozaba de inmunidad. La misión de cualquier embajador es proteger a los ciudadanos de su país de origen. Se avocó a cumplir siempre con su tarea principal, además de evitar que tan delicado asunto pasase a mayores, hablando directamente con el gobierno venezolano de Betancourt. Aunque al principio fue de los primeros en agravar el pánico de los jugadores madrileños por desear sacarlos del hotel y llevarlos a su residencia, supo manejar la situación. Esto le concede un merecido crédito en mis observaciones, que son básicamente el reflejo de los comentarios hechos posteriormente por Di Stéfano y sus compañeros».

Jimeno, que ya tenía conocimiento de las cualidades políticas exhibidas con anterioridad por Vega Guerra en otros cometidos, afirma que «las diplomáticas quedaron manifestadas durante este episodio en Venezuela. Gracias a sus intervenciones en el caso las cosas salieron mucho mejor de lo que cualquiera esperaba en esos momentos».

Confiesa que la investigación que llevó a cabo en torno a su figura se limitó al secuestro de Di Stéfano, por lo que se abstiene de juzgar la labor global del embajador durante su desempeño en Caracas en aquellos años: «Bien es verdad que ser representante diplomático de la dictadura de Franco en una Venezuela recién estrenada con la democracia, y que vio a los líderes de la extinta dictadura del general Marcos Pérez Jiménez refugiarse en Madrid, no debió ser una misión fácil a nivel de su cargo, más bien una de esas que necesitan a alguien con guante de seda».

El secuestro y la liberación del capitán madridista en Caracas son dibujados con un cuidadoso exceso de detalles de toda índole, sin ignorar su impacto internacional. Tal esfuerso descriptivo suscita al lector una duda sobre los límites de la ficción y la verdad de lo ocurrido. Pareciera que el autor dispara su fantasía en algunos apartados, o bien tuvo el privilegio de disponer de una cámara oculta para grabar los movimientos, y contar con un recurso que interceptó las comu-

nicaciones de los protagonistas del suceso. Jimeno no elude responder a esa posible duda: «Desde un principio busqué hacer de este libro un reportaje. Para ello resultó fundamental brindar justa atención a cualquier requisito necesario, todo con el propósito de hacer de las escenas lo más cercano posible a la realidad de aquellas horas en las que un comando de la Fuerzas Armadas de Liberación Nacional mantuvo a Di Stéfano secuestrado».

Abunda en que la curiosidad le llevó a consultar hemerotecas y leer toda publicación o notas de prensa de la época, reuniendo datos del caso para elaborar una crónica minuciosa sobre lo acontecido esa última semana de agosto de 1963, cuando los *merengues* disputaron un torneo de clubes conocido como *La Pequeña Copa del Mundo* en Caracas.

Verdad y ficción

«En base a todo eso reconstruí los hechos, buscando conservar el rigor histórico, así como no aderezar el relato al extralimitarme con la licencia literaria —remarca—. No me ofende para nada la pregunta de cuánto puede haber de ficción y cuánto de verdad en el texto. En sus páginas cuento los hechos, soy fiel a lo que ocurrió, cuidando no alterar la realidad o tergiversarla con datos falsos. Sin embargo, algún trazo de licencia literaria tiene. Por ejemplo, que Di Stéfano detestó la música de Los Impalas al oír la en la radio, mientras estaba secuestrado. Ese año una banda venezolana que aborrezco pegó el sencillo *La vi parada allí*, una versión chapuza en español de *I saw her standing there* de Los Beatles. Llegó a ser la canción más sonada y asumo que tiene que haberla escuchado por lo menos una vez. A mí, al igual que a don Alfredo, me encanta el tango. Imagino que al oír esa pieza de Los Impala le pareció horrible. Eso para mí fue un guiño. Hay uno u otro detalle similar en pocos capítulos, pero estos se pueden contar con los dedos de una mano y son insignificantes. Ninguno que altere la veracidad de los hechos».

La captura del ídolo madridista constituye mitad del relato e hilo conductor de la segunda parte del libro, observando las vidas de la víctima, la del guerrillero que dirigió la operación y la del periodista que hizo pública la noticia en Venezuela y España: «Fue necesario llevarlo hasta ese punto al enterarme que los tres volvieron a cruzar destinos varios años después que la Fuerzas Armadas de Liberación Nacional aprehendieran y liberasen a la Saeta Rubia», argumenta el escritor.

Un arduo estudio

Los pormenores que pinta con su escritura de las distintas situaciones sorprenden y demuestran un arduo estudio investigador de Jimeno. Empezando por el mensaje de «tranquilidad» que Franco expresa por



ALEJANDRA REITICH

El escritor Jimeno Hernández Droulers en su estudio de Caracas.**La obra recoge los contactos del embajador con Bernabéu y con los gobiernos de Franco y Rómulo Betancourt**

«Haga usted como yo, y no se meta en política. Encárguese del equipo», le dijo el caudillo al presidente madridista

teléfono a Santiago Bernabéu, presidente del Real Madrid, muy inquieto allá en la aldea alicantina y marinera de Santa Pola, donde tradicionalmente pasaba el mes de agosto y le sorprendió la noticia del suceso.

«Generalísimo, Di Stéfano ha sido secuestrado por la guerrilla comunista de Venezuela», planteó el dirigente madridista al jefe entonces del Estado español, para urgirle la necesaria colaboración que facilitara la libertad del futbolista. La réplica de Franco fue contundente: «No deje que unos rojos le nublen la gloria. Haga usted como yo, y no se meta en política. Encárguese usted del equipo, que del resto se ocupará el ministro de Asuntos Exteriores».

A partir de entonces, Bernabéu tuvo muy claro que sus pasos para un feliz desenlace de la situación tendrían que transitar a través de Fernando María Castiella, titular de la cartera de Exteriores, y en coordinación con el embajador de España en Venezuela, Matías Vega Guerra. Así lo recoge también la obra *El secuestro de Di Stéfano*.

La exposición completa de la historia, estructurada con una técnica y una prosa admirables, abarca inclu-

so la muerte trágica del cabecilla del comando guerrillero, Paúl del Río, alias Máximo Canales, registrada bastantes años más tarde. Es secuenciada con tal minuciosidad como si el autor de esta obra hubiera sido testigo directo del drama en la habitación que se produce.

«Investigar no es tarea fácil. Uno debe quemarse las pestañas leyendo para pescar detalles y el dato exacto que busca. Es como abrir la caja de un puzzle de miles de piezas y soltarlos en la mesa para ir armando la imagen que aparece en la tapa de la caja. Hay que tener paciencia y mucha, pero la satisfacción es indescriptible cuando encuentras justamente la que necesitas», confía el escritor para todos aquellos que denoten interés en seguir su lectura.

Admite la ayuda de los personajes por la notoriedad suficiente con sus propias biografías: de inicio Alfredo Di Stéfano, y siguiendo con Rómulo Betancourt, Francisco Franco, Santiago Bernabéu y Lázaro Candal, entre otros: «De ellos hay libros, así como cualquier tipo de fotos y videos. Eso favoreció la tarea de comprenderlos. Una vez que dispones de ese tipo de material y sumas una masa crítica, aprendes a darles descripción física y relieve con gestos, modales, diálogos y maneras de pensar. A eso le agregas contexto o trasfondo y la atmósfera adecuada. Tales son las realidades políticas de la Venezuela de Betancourt y la España de Franco, los riesgos de un crimen sin precedentes que pudo generar serios roces diplomáticos, o distintos escenarios como el hotel Potomac en San Bernardino, el Estadio Olímpico de la Universidad Central, o la casa en Las Mercedes que servía como residencia del embajador español Vega Guerra en el país venezolano».

Con su designación como embajador en Venezuela, Alberto veía cumplidas algunas de sus aspiraciones políticas, al poder contribuir al desarrollo de las relaciones de este país con España, poco después de la reelección de Carlos Andrés Pérez, buen amigo de nuestro país, como presidente de la República en fe-

Opinión

Alberto de Armas reforzó las relaciones con Venezuela

**MANUEL MEDINA ORTEGA**

Presidente del Consejo Canario del Movimiento Europeo

Tuve el privilegio de conocer a Alberto de Armas en mi etapa de estudiante de Derecho en la Universidad de La Laguna, mientras él seguía los últimos cursos de Medicina en la península con viajes ocasionales por razones familiares a Tenerife, donde teníamos muchos amigos en común. Más tarde, cuando regresé a La Laguna como catedrático, en

los años setenta, reanudé mis contactos con el ya reconocido médico profesional, durante la transición a la democracia, compartiendo preocupaciones y proyectos políticos sobre el futuro de nuestro país.

Alberto asumió responsabilidades como senador socialista a partir de las primeras elecciones libres convocadas por Adolfo Suárez en 1977. Entre 1982 y 1986 coincidimos como parlamentarios socialistas en las Cortes, cuando apoyábamos al primer gobierno de Felipe González. Tras mi incorporación al Parlamento Europeo en 1987 seguimos manteniendo contactos frecuentes, sobre todo a partir de mi elección como presidente de la delegación para las relaciones con los países de América del Sur, en 1988, y su nombramiento, en 1989, como embajador de España en Venezuela.

Con su designación como embajador en Venezuela, Alberto veía cumplidas algunas de sus aspiraciones políticas, al poder contribuir al desarrollo de las relaciones de este país con España, poco después de la reelección de Carlos Andrés Pérez, buen amigo de nuestro país, como presidente de la República en fe-

brero de 1989.

Las relaciones entre los dos gobiernos eran excelentes y Alberto ayudó a reforzarlas con su acción diplomática. Aunque el caracazo de 1989 y el fallido golpe de Estado de Chávez en 1992 supusieron serios golpes a la estabilidad del país, España mantuvo buenas relaciones con Venezuela hasta mayo de 1993,

cuando Carlos Andrés Pérez tuvo que dimitir.

Por su carácter y formación, Alberto estaba bien preparado para desempeñar el puesto diplomático que le asignó Felipe González como canario, reconocía la ayuda que Ve-

nezuela había prestado a nuestros emigrantes en los años de infortunio y miseria que siguieron a la imposición de la dictadura militar y sostenía buenas relaciones con los dirigentes que devolvieron la democracia a Venezuela a partir de 1958. Durante el segundo mandato de Carlos Andrés Pérez, las relaciones entre los dos países fueron excelentes, en parte gracias al buen hacer de nuestros representantes diplomáticos y así siguieron hasta que se produjeron profundos cambios en la sociedad venezolana que acabaron afectando a sus estructuras constitucionales. Al fallecer en enero de 1993, Alberto de Armas no tuvo que pasar por el mal trago de presenciar la crisis de la democracia venezolana, que a mí sí me tocaría seguir más tarde en mi calidad de presidente de la delegación del Parlamento Europeo para las relaciones con los países de la América del Sur. ■